

## EL CARDENAL DESPUIG Y LA SANTA SEDE

En el señorial palacio de la calle de Montenegro de Palma vivían los esposos Ramón Despuig Cotoner y María Dameto Sureda de Sant Martí, condes de Montenegro y Montoro.

De estos esclarecidos consortes nacieron seis hijas y dos hijos, el primogénito ANTONIO, que vino a este mundo el 13 de marzo de 1745, y el otro llamado Juan, el cual heredó los títulos nobiliarios de sus preclaros padres.

En el colegio de Ntra. Sra. de Montesión de los PP. Jesuitas de Palma adquirió la esmerada formación humanística, que brilló en el resto de su vida como uno de sus preciados ornamentos.

Hizo sus estudios superiores en la Real Universidad literaria de Mallorca y siempre con la calificación «nemine discrepante», tomando en la misma el grado de Doctor en ambos Derechos.

Inicióse en la milicia clerical el 27 de abril de 1760 con la tonsura. El 7 de mayo de 1769 fué ordenado de acólito. Después de haber recibido las órdenes mayores del Subdiaconado el 21 de septiembre de 1771 y del Diaconado el 9 de junio de 1774, fué hecho sacerdote en el mes de julio de 1775.

La vida de nuestro biografiado desde el año de su ordenación, 1775, se desarrolla en cinco etapas: hasta 1785, sacerdote, es el promotor de las ciencias en Mallorca; durante los diez años siguientes ejerció en Roma el cargo de Auditor de la Rota; desde 1785 gobierna las diócesis de Orihuela, Valencia y Sevilla; en 1799 se consagra al servicio de España, culminando su brillante carrera con la dignidad de cardenal que le fué conferida en 1803, terminando sus días en Pisa en 1813.

Durante estos 38 años resaltan con más o menos intensidad, según las circunstancias, estas cualidades, que caracterizan toda su vida: amor a la cultura sagrada y profana, generosidad con los pobres y los sabios o letrados, exquisita prudencia en el gobierno, dulzura en sus modales y fidelidad a sus superiores.

Su alta alcurnia y nobleza de carácter contribuyeron a que

elevados títulos y eminentes dignidades honrasen progresivamente su vida desde los principios hasta su glorioso ocaso.

En el presente estudio pretendemos sacar del olvido una de las páginas que dieron a la persona de este ilustre cardenal renombre en toda la Iglesia: en momentos críticos para la Santa Sede fué un abnegado y desinteresado defensor del sucesor de san Pedro.

Nos ha movido la conducta de los historiadores, que en su totalidad o ignoran en absoluto estos hechos, o los tergiversan maliciosamente.

#### EL EXCMO. SR. DESPUIG Y PÍO VI

Antes de describir esta faceta gloriosa de la figura de este hijo devotísimo del Papa, expondremos brevemente a manera de marco histórico los acontecimientos salientes de estos años en la vida de Despuig y la situación política de España y de Roma Pontificia a fines del siglo XVIII.

#### *Bosquejo biográfico*

Mientras el Excmo. Sr. Despuig regía la diócesis hispalense, requerido por S. M. Católica el 27 de octubre de 1796, salió de Sevilla para no volver más a la misma. En la Corte recibió el 3 de marzo del año siguiente una comunicación del Príncipe de la Paz, Godoy, en la que le participaba ser voluntad del Soberano de que formase parte de la comisión integrada por los arzobispos de Toledo y Santiago, cuyo fin era trasladarse a Roma para asistir al Padre Santo en las críticas circunstancias que atravesaba.

Salió de Cartagena el 9 de abril, llegando a Génova el 27 del mismo mes. Su estancia en Italia señala en su vida momentos de importancia: las demostraciones de filial amor a Pío VI, la reanudación de la causa de canonización de Sta. Catalina Tomás en 20 de septiembre de 1796 y publicación de la vida de la Santa, compuesta por el mismo arzobispo Despuig y trasladada en elegante latín por el P. Pou; por fin el homenaje que le tributó la ciudad de Aspra de Sabina por las generosidades y munificencias de su Excia.

Por razones, que exigía la amistad de España con Francia, el

gobierno de S. M. mandó al Sr. Despuig regresara a su patria. Intrigas políticas y su estado quebrantadísimo de salud le movieron a determinarse a la renuncia espontánea de la mitra de Sevilla.

El amor y fidelidad del dimisionario arzobispo fué compensado por Su Santidad nombrándole patriarca de Antioquía (1799-1803) y por el Rey concediéndole los cargos de Consejero de Estado, Presidente de la Suprema Junta de Amortización, Arce-diano Mayor de la Metropolitana de Valencia y Arce-diano de Talavera de la Reina (diócesis de Toledo).

Después de la muerte de Pío VI, agosto de 1799, el gobierno español le confió la delicada misión de representar a S. M. Católica en el cónclave tenido en la Isla de S. Jorge (Venecia), en el cual fué elegido papa Pío VII, evitando a toda costa el cisma que se temía.

Después de este acontecimiento, consagró muchas de sus actividades a viajes científicos y a disponer su biblioteca de Mallorca y su museo de Raixa.

En el consistorio del 11 de julio de 1803 fué creado cardenal del título de S. Calixto. Este acontecimiento fué celebrado por su patria chica con solemnes fiestas, tenidas en Palma después de un bando del ayuntamiento los días 20 y 21 de agosto en la catedral, el 22 en las parroquias, el 23 en los conventos de religiosos y el 24 en los de religiosas, el 28 en S. Nicolás y el 29 en el convento de Sta. Magdalena.

Su Eminencia despidióse de Su Santidad, visitó varias ciudades italianas pasando luego a España, entreteniéndose en Zaragoza, Valencia, Orihuela y llegó a Mallorca el 5 de septiembre de 1804, prolongando su estancia hasta 26 de 1807.

Durante los 32 meses de permanencia en su patria, restauró sus fuerzas perdidas, tomó parte en las tertulias que los literatos y artistas tenían en su señorial palacio, organizó su biblioteca, compuesta de 12500 escogidos volúmenes de diversas materias, y su famoso museo, que contenía 88 estatuas de mármol de los tiempos del Imperio, 55 inscripciones latinas, 14 bajos relieves, muchas figuras de bronce y piezas de cerámica, colecciones de grabados, medallas y sellos, una rica y variada pinacoteca de 267 cuadros de los mejores autores, colecciones de armas, arcos, por-

celanas de Monclos, una carta hidrográfica de Américo Vespucci, y un monetario de unas 10000 piezas de muy distintas épocas.

Quedan asimismo como recuerdos de su generosidad en esta época el grande algibe del Hospital general, el Oratorio público de Ullaró (Campanet) con las reliquias de S. Victoriano, el rico sagrario de la capilla de la Inmaculada Concepción de la catedral de Palma, la hermosa y magnífica capilla de Sta. María Magdalena para exponer en la misma el cuerpo incorrupto de Santa Catalina Thomás, las demostraciones de particular afecto a la misma santa en Valldemosa, las crecidas limosnas a los pobres, los ornamentos regalados a las iglesias, la devota asistencia a las funciones religiosas, etc...

Ordenado su testamento, regresó a Italia por Valencia, Barcelona y Francia. En la ciudad eterna fué nombrado arcipreste de Sta. María la Mayor y provicario del Papa en lugar del cardenal Somaglia.

En los aciagos días de 15 de julio de 1809 no se separó de Su Santidad hasta que por orden del emperador fué arrancado del lado de Pio VII, deportado al Seminario Romano y luego a París, trasladándose luego por motivos de salud a Luca, donde pasó a mejor vida el 2 de mayo de 1813 a los 68 años de edad.

Quedaron los restos mortales de S. Emncia. en la catedral de Luca bajo sencilla y humilde inscripción compuesta por él mismo; depositando empero su corazón junto al sepulcro de Santa Catalina Thomás, por cuya glorificación tanto trabajó.

### *Situación política de España y de los Estados Pontificios*

Francia revolucionaria es el eje de los acontecimientos.

España se encuentra en un grave dilema: por una parte le es indispensable la amistad con la vecina nación, pues la efervecencia revolucionaria de la misma está ansiosa de conquistas intelectuales y materiales; por otra parte sus ideas ateas y sus pretensiones absolutistas y antireligiosas de sustituir el papado por un gobierno republicano dependiente de París, estaban en franca oposición con el catolicismo tanto de Carlos IV como de su reino; la animadversión republicana contra la familia real francesa hería los sentimientos de la española por estar ligada con ésta con lazos de parentesco.

Así que los cuatro ministerios de Estado que se sucedieron durante los años que nos ocupan (1792-1800), conde Floridablanca, Aranda, Godoy y Saavedra tuvieron que demostrar sus habilidades políticas para conservar su elevado cargo y gobernar los destinos de España, en lo cual no siempre salieron airoso, siendo por lo regular la amistad con Francia, difícil de sostener, una de las principales causas de sus fracasos.

Otro marco de la vida de nuestro Despuig, que es necesario precisar, son los acontecimientos de los Estados Pontificios.

El Directorio francés se propuso llevar el don de la libertad a la Italia. Las ideas revolucionarias iban propagándose por toda Europa. Napoleón con victoria tras victoria iba conquistando todo el norte de Italia, formando la república cisalpina.

Atacó los estados pontificios. Al parecer se dirigía al corazón de los mismos: Roma; pero su intento era reunir en aquellas fértiles regiones muchas riquezas y tener fuerzas para derrocar su único rival, Austria.

Pío VI ante tan terrible enemigo puso sus esperanzas en el emperador austríaco, Francisco II, y en el duque de Toscana; pero, defraudadas sus esperanzas, se vió obligado a formar con Napoleón dos armisticios, el de Bolonia 23 de junio de 1796 y el de Tolentino, 8 de febrero de 1797, en los cuales por amor a la paz sacrificó Su Santidad el honor, cediendo parte de sus estados (Bolonia, Ferrara y Ascu) y las riquezas de sus museos y erarios.

Con todo, el gobierno de los Estados Pontificios no pudo detener el dilagar de aquella ola revolucionaria. Dentro la misma Roma había un fermento disolvente, pues las ideas de libertad habían contagiado una buena parte de la juventud, y el descontento con el humillante tratado de Tolentino se había extendido entre el pueblo romano. Mientras tanto se iba propagando la revolución de la vecina república cisalpina. El gobierno pontificio era débil y poco enérgico; el anciano y achacoso papa Pío VI no podía poner coto al desarrollo de la revolución.

Además el hermano del emperador José Bonaparte ejercía el cargo de embajador de la república francesa en Roma. Como fiera sobre su presa estaba esperando el momento oportuno de realizar el plan napoleónico y del Directorio: «sacar a Europa del yugo de la supremacía papal con un gobierno representativo que su-

plantase al Papa en su próxima muerte, impidiendo la elección de su sucesor».

España católica, por su parte tenía desde 1768 por embajador junto al Vaticano a José Nicolás de Azara, el cual a sus aficiones artísticas y culturales que convirtieron su palacio romano en un verdadero museo, unía unas excepcionales cualidades diplomáticas. Su formación incrédula y antireligiosa y su amistad con muchos de los corifeos de las ideas modernas, y su cargo de embajador veterano de S. M. Católica, el rey de España, ante Su Santidad le permitían servir de intermediario entre la Iglesia y la revolución.

Los calientes aires de la revolución habían secado de todo espiritualismo los elementos de valer de los estados pontificios; bastó una chispa, prendió el fuego, los acontecimientos se desarrollaron rápidamente.

El 28 de diciembre de 1797, en la misma embajada francesa de Roma se inició un levantamiento popular sostenido por los anconianos. El embajador Bonaparte y el general Duphot corriendo grave peligro intentan apaciguar el incendio y al fin éste cae víctima de algunos balazos que le dieron los dragones pontificios.

El cargo que ostentaba Duphot en el ejército, el ser prometido de Disirce, hermana de la esposa del embajador, exasperaron el ánimo de José Bonaparte y del Directorio.

El 10 de febrero de 1798 llega a Roma el ejército republicano, conducido por el terrible Bérthier; el día 15 se apoderan del castillo Santángelo, declaran la república y preparan el plan de retirar el Papa.

El 18 de febrero Pío VI es sacado de Roma con intentos de confinarle en algún sitio muy apartado; se le manda que pase tres meses en Siena, dos en la Cartuja de Florencia, que parta a Parma, de aquí a Turín; viéndose obligado el 30 de abril, a cruzar los Alpes, permaneciendo 50 días en Besançon, llegando a Valence el 14 de julio de 1799, donde entregó su alma al Creador el 28 de agosto.

En estos durísimos trances del vicario de Cristo, España procuró a pesar de su amistad con Francia defender y auxiliar a Pío VI.

El embajador Azara interpuso su poderoso valimiento ante las

autoridades francesas para aminorar los males que amenazaban a Roma con la muerte de Duphot, y con la llegada del ejército francés. Endulzó asimismo las penas del Papa en su camino del destierro; estudió con Su Santidad el modo de evitar un cisma después de su muerte, recibiendo para ello una bula del Padre Santo, que luego firmaron todos los cardenales, preparándose con la misma la unidad de criterio en la elección del sucesor de Pío VI.

El embajador que le sucedió, Labrador, continuó como enviado de Carlos IV prestando socorro al anciano Pontífice hasta el momento de expirar.

Además palesó España su amor filial por Su Santidad en acceder después de superar varias dificultades a la petición del emperador, de recoger en Mallorca la persona del augusto desterrado a pesar de crear con esta condescendencia una delicada situación para España.

#### *Amor del Excmo. Sr. Despuig a Pío VI*

Se encontraba Despuig en la Corte, y, según refiere él mismo en su *Diario* (marzo 1797):

Hallándome en la Secretaría de Estado, me confió el Sr. Príncipe de la Paz la idea de que tenía que dar a conocer al Papa y al mundo los deseos que el rey de España tenía de acreditar su respeto con el Santo Padre, y de dar un testimonio a toda su Nación de que se veía obligado a manifestar sus antecedentes opiniones manifestadas en Roma... Manifestóme de que sus deseos eran de que fueran tres preladados de los más condecorados de la nación, que la pesadez del Patriarca no podría producir ningún efecto; que el arzobispo de Toledo lleno de celo que quemaba, le parecía bien por su autoridad, que pensaba acompañarle el arzobispo de Seleucia, confesor de la reina, que éste como político, pues leía todos los Correos, las Gazetas, podría avivar las cenizas del cardenal y que no hallaba otro para que fuera con ellos; si yo quería ir o deseaba más quedarme en Madrid; respondíle que yo estaba pronto a lo que el Rey me mandase. Nada más se habló sobre este particular. Traslucióse en la Corte dos días después la idea de su Gabinete, y el día 3 por la mañana al salir de la Corte del Rey se nos entregó la Orden...

En este interesante documento real, que transcribimos en el apéndice, S. M. declara que la entrada de los franceses en Roma es imminente, como también la huída del Papa de la capital del Orbe católico.

Las consecuencias, dice, que se derivan de estos gravísimos acontecimientos movieron el corazón de Su Majestad más bien a compasión por el Papa que a satisfacción y alegría al ver realizadas sus predicciones.

Desarrolla a continuación su anterior afirmación, recordando como desde que declaró la guerra a Francia, no había cejado en pedir los auxilios del cielo movido de su caridad a la nación vecina, de su fervor religioso y de su afecto a los miembros reales; como en vano había llamado la atención al gobierno romano sobre los errores políticos que le inducían a la inacción contra la revolución e infundían a Su Santidad vanas esperanzas de extender sus dominios temporales con las propiedades que habían quitado los ingleses a la nación francesa, la cual había despojado a sus Soberanos del honor y de la misma vida.

Además, inútilmente, en las ocasiones de mayores turbulencias había presentado a la Santa Sede las sendas más llanas para reparar los daños de la revolución y para encaminar los esfuerzos a la conservación de los bienes.

Aunque hayan faltado a Su Majestad los auxilios de Roma, no había dejado de poner medio alguno para alejar de España y sus dominios la herejía y para conservar la sana doctrina católica, invocando el divino poder para que la luz de la fe no se oscureciera. Por cierto con la gracia de Dios había visto realizados sus designios.

A pesar de todo lo anteriormente expuesto promete Su Majestad no abandonar la persona del sucesor de San Pedro. Para demostrar al mundo que su fe y amor al Papa no había sufrido menoscabo por la falta de correspondencia del gobierno romano y hacer resaltar la astucia de los delegados del Papa en otras cortes, cuyas intrigas en los negocios que se referían al bien general y a la persona de Su Majestad han sido descubiertas con los documentos que acaban de ser impresos, fracasados por causas ajenas a la voluntad de Su Santidad los medios que había propuesto, no obstante quería servirse de los que todavía están a su alcance.

Para ello había prescrito en todas las iglesias de su reino rogativas por Su Santidad con carácter privado y cuando las circunstancias lo permitan con carácter público.

Asimismo había determinado que una comisión integrada por



los arzobispos de Toledo, de Santiago y de Sevilla se trasladara a Roma para arreglar los asuntos pendientes con Su Majestad, ya que las circunstancias no permitían al embajador acercarse al Papa, y ofrecer su virtud y ciencia para consuelo de Pío VI y la mediación de Su Majestad para cuantos asuntos conviniera.

La comisión real fué formada según el plan anterior por tres prelados de los más condecorados de la nación, el cardenal Lorenzana, inquisidor general y arzobispo de Toledo, hombre muy austero pero indeciso o según frase irónica de Godoy «lleno de celo que quemaba»; el arzobispo de Seleucia D. Rafael de Murquiz, confesor de la Reina, el cual con sus cualidades políticas y costumbre de leer todos los correos y gacetas avivaría las cenizas del cardenal, y nuestro arzobispo Despuig elegido probablemente por sus amistades con los prelados de la Curia y especialmente con Pío VI.

Partieron los componentes la real comisión el 9 de abril del puerto de Cartagena a bordo de dos fragatas, Santa Casilda (para Despuig y Murquiz) y Pomana (para Lorenzana), a las órdenes del capitán D. Juan Pablo Lodarco. Llegaron a Génova el 26 de abril.

La conducta hostil de la aristocracia romana con España y la actitud perpleja e irresoluta del cardenal Lorenzana desvanecieron las esperanzas que Su Majestad tenía puestas en esta comisión. Las cartas de Despuig al Príncipe de la Paz tienen expresiones duras al tratar de estos dos obstáculos.

Pasados 20 días después de su llegada a Roma, no se había hecho nada en concreto, por incuria del presidente Lorenzana, el cual se ocupaba en visitar la corte, retirarse a la celda del convento de los Padres Trinitarios, trasladarse al Palacio de España; desde el primer día decía que nada sabía, que le habían enviado una carta y que él no sabía qué cosa era, ahora dice blanco y luego negro.

Con su conducta el cardenal Lorenzana desacreditaba La Comisión, la cual en Roma era titulada: La Comisión de D. Quijote; en sorna se decía que el Papa agradecido a sus desvelos enviaría al Rey una docena de coles de tabaco.

Los tres miembros que integraban la comisión fueron recibidos por el Papa dos veces, una los tres juntos y la otra cada uno en particular.

En una de esas audiencias leería Despuig un discurso, del cual entresacamos:

Starsi ai vostri piedi e fare quel sacrificio volontario ordinato dal nostro Sovrano, questi prelati sono ad assistere alla S. V. i suoi beni, le sue rendite, le sue dignitá, il suo sangue.

Parece que el Papa agradeci6 el ofrecimiento, pero no lo acept6 por no ser entonces necesario.

Ante el resultado tan poco halagueño de la Comisión, Despuig desorientado, a mediados de junio de 1797, escribi6 al Príncipe de la Paz, pidiéndole le señalara el camino a seguir.

El 13 de julio recibió la contestación del ministro Sr. Godoy, el cual le participaba ser voluntad de Su Majestad pasaran a España Murquíz y Despuig, quedándose el cardenal Lorenzana para asistir a Su Santidad.

Despuig, que sentía algunos quebrantos en su salud, parece obtuvo licencia para quedarse en Pisa y visitar los baños de aquella ciudad.

El día 10 de agosto dirigió Despuig atenta carta al Príncipe de la Paz en la que le suplicaba le librara del pesado yugo, que abrumaba su conciencia, del gobierno de la archidiócesis de Sevilla y que en cambio le diera una plaza en el Consejo de Estado, consagrándose de este modo al servicio del Rey.

Despuig continu6 en Roma, y, al fugarse en 1798 Su Santidad a Siena, crey6 oportuno ofrecerse de nuevo al Papa. Esta importante entrevista con Pío VI nos la describe en una carta al Príncipe de la Paz, fechada en Pisa el 10 de mayo de 1798, y dice:

Supé que eran algunos días que el card. de Toledo estaba en Siena, donde está el Papa y que dista pocas postas de esta ciudad, me puse en camino y fui a apearme a la posada del card., dijele que había pensado presentarme a S. S. por pocos momentos y procurar los medios posibles que estuviesen de mi parte para consolarle: me lo aprob6, y acordamos el hir (sic) la mañana siguiente. Fui y ya encontré a S. Emma. con otros señores en la celda que el Papa abita. Su Santidad hizo las mayores demostraciones al verme a sus pies.

A un buen rato se fué el card. Lorenzana; yo esperé hasta que Su Santidad, queriéndome hablar a solas, despidió a todos los que estaban con él. Aquí fué quando echándome a sus pies, le dije que no me levantaría de ellos si no me concedía una gracia, y ésta hera que yo había de tener el honor de hacerle de mi quenta todo el gasto que S. S. había en aquella

vida privada. Que lo sabía que mi soberano lo aprobaría y que mis pobres serían contentos y asistidos, que a mí me haría un honor grande y que así con su licencia yo me la entendería con su mayordomo entregándole todos los primeros del mes aquella cantidad, que pudiese ocurrir. Antes había estado con dicho mayordomo para informarme si mis fuerzas alcanzaban a este ofrecimiento, sin que deviese faltar a las obligaciones que tengo contraídas y sin privar mis pobres de lo necesario y siendo que lo podía hacer lo execute.

El pobre señor, me abrazó, me besó y enternecido me dijo: Amado Despuig, es verdad que yo he de vivir de limosna y que nadie hará más de veras este ofrecimiento que tú, pero podrás quisás haber algun inconveniente? Io no quisiera que por mi tuvieses algo que sentir. Le respondí que era seguro del modo de pensar de mi amo; que yo haría este ofrecimiento al Vicario de Jesu Cristo y por el decoro del Sumo Sacerdote, acción que nadie podrá culpar. A más, que a mí me constava su necesidad, y que nadie podría remediarlo más pronto y con rentas destinadas al culto y a los pobres que io. Que de este modo se serviría de un hijo suyo, sin haver de valerse de otros, que no tendrán mis obligaciones acerca de su Persona.

Quedó quasi combenzido, y me dijo que le ablase al mayordomo, que él le hablaria. Veré lo que resolverá. Estuvo después más de una hora hablando conmigo de sus trabajos. Amigo, io era filósofo, pero aseguro a V. m. que ahora estimo en poco todo el mundo y adoraré la mano de la Providencia del Señor, si me ha detenido en mi silla para que de las rentas de mi Iglesia se mantenga el Padre y Cabeza de la Universal. Espero que V. m. aprobará mi modo de obrar, y conservará su amistad al que se la tendrá eterna.

Fué del agrado del rey Carlos IV el modo de proceder de Despuig. Así se lo comunicó en carta de 1 de julio de 1798 el nuevo ministro de Estado que había sucedido a Godoy, Francisco de Saavedra, el cual dice:

Se ha enterado el Rey de la generosidad con que V. E. ha socorrido al Papa y como piensa continuarlo mientras duren las críticas circunstancias en que se halla Su Santidad con lo demás que la misma conviniere. Su Magestad ha oído con gusto las pruebas que en su referida conducta ha dado V. E. de su celo por la persona del Sto. Padre y bien general de la Iglesia.

En la misma carta le comunica que no conviniendo al bien general del Estado que el cardenal Lorenzana y Despuig acompañen a Su Magestad, es Real voluntad que aquél permanezca en Florencia hasta nueva orden y éste regrese a España o continúe «su curativa según ha emprendido, como más le acomode».

Despuig cumplió con fidelidad e íntima satisfacción el honroso cargo de cubrir con su peculio todos los gastos de Su Santidad en el destierro, desde el marzo de 1798 hasta su muerte acaecida en Valence el 28 de agosto de 1799, llegando su generosidad a costear los funerales del difunto sumo pontífice, tenidos en Venecia antes de iniciarse el cónclave para la elección de su sucesor, Pío VII.

La cantidad destinada a este noble fin dependía de las necesidades de Su Santidad y allegados. En mayo dió 3000 ducados oro, pero en el mes siguiente, viendo que era insuficiente, elevó la suma hasta 4000 ducados, y en septiembre del mismo año había aumentado más, pues leemos en una carta de Despuig: «Sigo teniendo el honor de mantener al Papa, pues no recibe de otra persona. Para sus alimentos mensuales esto es según los meses, pero no bajan de 6000 ducados al mes; io tengo de esto el mejor consuelo».

Los mismos prelados que rodeaban a Su Santidad acudían también a Mons. Despuig en los aprietos pecuniarios; así Mons. Jacinto Brandi le pide su auxilio para pagar 1000 escudos de contribución, que la república romana francesa le ha impuesto bajo la pena de ejecución militar.

Las relaciones epistolares entre la reducida corte pontificia y Mons. Despuig son frecuentes, ora pidiendo su valiosa protección, ora agradeciéndosela y también dando cuenta de la salud del Papa. Así el arzobispo de Siena dice: «Il Papa aveva gradito infinitamente la sua generosa offerta»; Brandi le comunica a Despuig las preocupaciones por la salud del Papa, pues de rodillas se encuentra mal y han tenido que hacerle una efusión de sangre: «Il Santo Padre e penetratissimo del suo attaccamento e se mostra estremamente sensibile».

El nuncio apostólico de Florencia, arzobispo de Perga, le escribió el 10 de octubre de 1798, que:

«V. E. había estado varias veces en aquella capital (Florencia) con gusto del Santo Padre y que había continuado en dar las pruebas más significantes de su profundo respeto a su sagrada persona, de modo que había sido la admiración de todos y se había hecho digno de elogios generales; encareciéndome al mismo tiempo que procurase publicar la ejemplaridad y virtud de V. E. para que fuese notoria a todas las personas esclarecidas y principales de esta monarquía».

Documento de inestimable valor es la carta, en la que el secretario de Pío VI, Mons. Brandi, da cuenta a Despuig, desde Valence (28 de febrero de 1799); de los últimos meses de destierro de Su Santidad:

Valence, 28 de febrero de 1799.

El Santo Padre continúa bueno en esta ciudad. Sólo le repitió últimamente el sopor que ha padecido otras veces; mas a beneficio de una curativa se mejoró y en los días siguientes ha estado tal qual bueno. Puede esperarse que en este clima, que parece sanísimo, y con la diversión de un gran jardín que tiene al mismo piso de quarto, adonde puede hacer algun exercicio mediante una silla con ruedas que se ha hecho expresamente. En la conversación de su sagrada persona entre tantos trabajos se advierte un prodigio de la divina providencia, y el largo viaje desde Brianzon hasta aquí puede llamarse un triunfo de la religión; lo demás que Dios tenga decretado lo veremos en adelante.

Con el pretexto de respeto y seguridad de la persona del Sto. Padre, su casa se ha cercado de tropa por todas partes, y aunque a los familiares se permite el salir, se prohíbe toda comunicación, particularmente por cartas.

Por decreto del Departamento se ha inhibido al Santo Padre menos a los de su comitiva, sin que esté presente el oficial de Guardia, a excepción tan solamente del Sr. Dn. Pedro Gómez Labrador, Ministro de España.

En una carta la más tierna de gracias que el Santo Padre escribió a S. M. C., quien tanto se ha distinguido y distingue por su religiosidad y apego a su sagrada persona dice: que tenía la destinación y arrivo del Sr. Sobrador en Francia por una gracia especial de la divina Providencia, pues había logrado algún alivio en sus aflicciones y recibido en su destierro los socorros de que necesitaba.

El expresado Sr. Sobrador en carta posterior del 31 de julio ha participado que se havia decretado otra deportación del Sto. Padre a Dijon, adonde están también todos los rehenes del Piamonte, a la mayor brevedad. Dios quiera que no se verifique y teniendo efecto, darle fuerzas para resistir tantos trabajos, que es el objeto a que deben dirigirse las continuas y fervorosas oraciones de toda la christiandad.

Insinuamos arriba la propuesta del Directorio francés, aceptada por Carlos IV, de que el Padre Santo fuera trasladado a Mallorca. La influencia de Despuig en el desarrollo de este plan, que sin duda hubiera sido favorable a Su Santidad es evidente; el amor filial y abnegado del ilustre mallorquín a Pío VI nos da una explicación satisfactoria de este proyecto, no llevado a la realidad por motivos políticos.

*Gratitud del Papa al Excmo. Sr. Despuig*

A tanta generosidad y profunda devoción de Despuig correspondió Pío VI y su sucesor Pío VII. Habiendo renunciado a la mitra de Sevilla, Su Santidad pensó condecorarle con una dignidad prelaticia, la del Patriarca de Antioquía, como le comunicaba el Nuncio en carta de 10 de octubre.

Pío VI en el espacio blanco de una respetuosa carta, que dirigiera el Sr. Despuig en 30 de diciembre de 1798, trazó con mano trémula la minuta del breve, con que fué elevado el mismo a la mitra patriarcal de Antioquía. Imposibilitado Pío VI por el empeoramiento de su quebrantadísima salud de dictar lo escrito a su amanuense, entregó el borrador a su Secretario para que los conceptos expresados en aquellas líneas sirvieran de base para la redacción del Breve.

Después de la muerte de Pío VI, Mons. Brandi remitió a Despuig la preciosa reliquia de Su Santidad junto con esta interesante carta:

Eccellenza Rma.

V. Ecce. Rma. desidera da me una memoria dell'immortale Pio VI che si gloriosamente ha consumato in Valenza di Francia il suo penoso martirio. Io le ne invio una che Le dovrà essere carissima. E' questo l'ultima lettera a Lei responsiva che sul foglio stesso da Lei indirizzato alla Sta. Sua fu minutata dal Sto. Padre medesimo nell'atto stesso che cominciando a star male in Firenze, e che poi, no essendosi da Lui potuta dettare all' amanuense fu data a me Segretario pontificio acciò da essa ricavassi quel Breve latino, che la Sta. Sua riavutassi in parte dal male, sottoscrisse da suo pugno e le invio in Madrid. Fu quel Breve il primo a portare la data dell'anno 25 del pontificato de Pio VI ed e questa lettera l'ultimo lavoro di quel Sto. Martire, giacche da quel tempo in poi appena Egli fu capace di sottoscrivere, tanto restó debilitato dalla malattia a cui soggiacque e dagli stropazzi gravissimi che fu costretto a sofferire in apresso nella sua dolorosa pellegrinazione.

Con questo prezioso monumento potrà ben Ella gloriarsi di essere stato quella fortunata persona per dimostrare alla quale il suo amore e la sua paterna riconoscenza impiegò quel Sto. Vecchio la mano vacillante per l'ultima volta e riconoscerà nel tempo stesso que non a me ma alla pontificia gratitudine deve quelle espressioni di stime e di riconoscenza colle quali nel Breve suddetto si onora la sua rispettabilissima persona ed insieme si dimostra il piacere di non poterla distinguere, attese le circostanze dei tempi, con onori maggiori.

Gradisca V. E. Rdma. questo glorioso monumento dell'amor singolare verso di Lei di quel Pontefice incomparabile, che fu sempre penetratissimo dai tanti favori dalla sua generosità compartiti nel doloroso esilio, dei quali ancor io per averne come sequace partecipato dichiarandomi riccnoscentissimo col più profondo rispetto.

D. a V. E. Rma. devotissimo ed obbligatissimo servo.

Giuseppe Marotti, Segr. di Pio VI ed ora di Pio VII.

Venezia dall'isola di S. Giorgio maggiore 20 Maggio 1800.

Otra prueba de la gratitud de la Santa Sede al patriarca Despuig son los tres documentos que reproducimos.

El primero consiste en una carta, que el Pro-Secretario de Estado de Pío VII, Mons. Ercole Consalvi, envió a Despuig a raíz del cónclave celebrado en Venecia. Dice así:

Eccellenza: Sicuramente non è ignoto a Vtra. Eccza. quanto sia grande la venerazione e la reconoszenza della Santità di Nostro Signore Pio VII verso del suo glorioso predecessore, in cui ricognosce il suo creatore e benefattore, i quali titoli gliene rendono dolcissima la rimembranza. Deve l'Eccza. Vtra. comprendere che il Sto. Padre non ha potuto non essere sensibilissimo ai generosi soccorsi, ed a tutte le attenzioni che Ella ha usato verso di quel Sto. Pontefice così negli ultimi acerbi tempi della sua vita, che fin anche dopo la sua morte. Animata Sua Santità di questi sentimenti mi ha espresamente comandato di fargliene in suo nome gli espressi suoi ringraziamenti e di farle sentire, che alle altre ragioni di benevolenza verso la di lei Persona si aggiunge nel di lui cuore ancor questa, che vi rimarrà costantemente impressa. Nelle circostanze, che potranno presentarsi, certamente avrà Ella luogo de conoscere quanto intimamente è penetrato il Sto. Padre da questo sentimento che gli sono di tanta gloria. Riputandomi io fortunato d'esserne l'organo presso di Vtra. Eccza., colla più distinta e rispettosa stima ho l'onore di rassegnarmi di Vtra. Eccza., devo. obblo. servitore. Ercole Conçalvi, Udit. della S. R. Rota e Pro-Secretario di Stato. — S. Giorgio, 19 marzo 1800.

Al discurso pronunciado por Pío VII el 11 de julio 1803 con ocasión de elevar a Despuig a la púrpura cardenalicia pertenecen las siguientes frases tan encomiásticas:

No hay necesidad de recordaros cuán propio sea de nuestro agradecimiento hacia Pío VI al añadir esta condecoración a las que ennoblecen la persona de este respetable prelado, pues sabéis muy bien la fidelidad con que procuró consolar a aquel Pontífice, y la piedad y constancia con que lo ejecutó; de modo que a no tener contraídos otros méritos ya con la iglesia, ya con la silla apostólica (los cuales a la verdad son muchos y muy señalados) bastaba para sublimarle a esta dignidad altísima el singular esmero con que en unos tiempos tan calamitosos para la Iglesia,

cuidó en todas partes de su padre óptimo y amantísimo, sin abandonarle en vida ni en muerte, aunque, como hemos dicho era ya acreedor a esta dignidad sublime.

El cardenal Vincordi escribía el año 1799:

So bennessimo quel che voi avete fatto per il papa; vi siete meritato da tutti gran lode. Il vostro nome será per sempre glorioso. Bravissimo. Dovete voi stesso avere una compiacenza infinita. Mi pare pero ignorare quel che il papa ha fatto per voi.

Testimonio de la gratitud pontificia son varios objetos del uso de Pío VI, que seguramente llegaron a manos de Despuig por medio de Mons. Marotti.

El crucifijo que tuvo entre sus manos Pío VI al morir en el destierro. Es de metal y lleva incrustada una cruz de ébano con remates metálicos. En la parte inferior hay un elegante relieve de la Inmaculada Concepción.

En el anverso se lee la siguiente inscripción:

Hunc manutenens et suavissime exosculans Pius VI, P. M., expiravit Valentiae in Gallia anno MDCCXCIX, IV cal. Sept.

Una preciosa estola encarnada con una nota, que indica su procedencia:

Estola que usaba la Santidad del Papa Pío VI, y que después de su muerte mandó se entregara a Don Antonio Despuig, entonces patriarca de Antioquía y después cardenal del título de S. Calixto en la Santa Romana Iglesia, juntamente con el Santo Cristo, que tenía en sus manos dicho Pontífice cuando expiró.

La familia Despuig que conserva estos objetos atribuye al papa Pío VI unos guantes y solideo, que se encuentran junto con la estola.

A nuestro juicio sería un obsequio del Papa a Despuig al elevarle a la dignidad cardenalicia.

Las relaciones de nuestro biografiado con Pío VII serán expuestas, D. m., en otro artículo.

GABRIEL SEGÚI, M. SS. CC.



## APÉNDICES

## 1

Aranjuez, 3 marzo 1797

*Orden de Carlos IV para el viaje a Roma*

Por las últimas cartas de Italia se dice la inmediatez del ejército francés a Roma, y aún se anuncia la fuga del Sto. Padre... S. M. pudiera jactarse del suceso, si la compasión no ocupara el lugar más preferente en su pecho, y si la satisfacción de ver realizadas sus combinaciones no se borrara con la impresión de los efectos que causa. Desde que declaró Su Santidad la guerra a Francia no ha dejado de pedir los auxilios espirituales que son conformes a la caridad e imprescindibles del catolicismo, no ha perdonado fatiga en desimpresionar a los errores políticos, que adormecían el gobierno Romano. En las ocasiones de mayores turbulencias ha presentado las sendas más llanas para reparar los daños y dirigirse a la conservación, ha implorado del Sto. Padre, ofreciéndole sus fuerzas y oficios y no ha conseguido ni desimpresionarle de las ideas falsas con que sus Agentes nutrían las esperanzas de S. S. agenas de los verdaderos y cristianos pensamientos, que devieran dominarle, ni retraerle de la ambiciosa idea de extender sus dominios con las propiedades que acababan de quitar los ingleses a un pueblo, que despojó a sus soberanos, cuyo sacrificio no ha llorado ni sentido la Corte Romana, hasta que las armas excitan la afición...

La angustiosa época presente ha sido predicha tal cual sucede por Su Majestad y a pesar de la obstinación con que la verdad del Rey Católico ha sido repulsada por la ignorancia y malicia, el Rey no ha omitido medio para auventar la eregía y conservar la sana doctrina invocando el divino poder para que la luz de la fe no se obscureciese en su reyno. Su Majestad ve por la gracia de Dios realizados sus designios en esta parte aunque los auxilios de la Santa Sede le hayan faltado y se promete no abandonar la persona sucesora de San Pedro mientras dure su vida, pero como por una parte ve perdidas sus esperanzas que en el momento le facilita su estrecha unión con la Francia, y por otra que sus reflexiones no tienen la aceptación que debía prometerse, quiere emplear el único medio que es posible a su cristiano corazón haciendo que secretamente se ruegue a Dios por la Persona del Santo Padre en todas las iglesias del su reyno, hasta que con noticias más circunstanciadas pueda resolver si estas rogativas podrán ser públicas, y poner a la luz del mundo que su ánimo jamás se ha entibiado por la falta de correspondencia y mala fe del Gobierno Romano, dando una más positiva idea de esta verdad en el momento que la casualidad ha descubierto la intriga con que se han tratado los negocios que hacían relación con el bien general y su persona por los delegados del Papa en otras cortes, cuya correspondencia está impresa;

y que pues su ministro Azara en fuerza de anteriores subcesos no debe acercarse a la persona del Santo Padre, ha resuelto Su Majestad que V. E. como persona más condecorada vaya inmediatamente a arreglar con Su Santidad los puntos pendientes y que en adelante se ofrezcan, prometiéndose que su virtud y ciencia le sirvan de consuelo y de confianza para que se manifieste con respecto a las cosas del día en el tono más claro y sencillo tal que Su Majestad pueda, sin comprometerse a dudas ni alteraciones, interponer su mediación en quanto convenga. Que los M. Rs. arzobispos de Sevilla y Seleucia, abad de S. Ildefonso, acompañen a V. E. como personas acapaces e instruidas en las cosas de su estado y política, y que este viaje se emprenda lo más pronto posible.

## 2

Florenca, 15 febrero 1799

*Breve de Pio VI al Excmo. Sr. Despuig*

PIUS papa VI = Venerabilis Frater, salutem et Apostolicam benedictionem. Cum in deferendo tibi Antiochiae Patriarchatu maximam voluptatem cepimus oblatam nobis oportunitatem fuisse significandi tibi quanti singulares tuas virtutes haberemus; tum mirifice etiam laetati sumus cum ex tuis litteris, datis die trigesima decembris intelleximus, quam grato animo exceperis significationem hanc in te ornando nostrae voluntatis: atque utinam ea essent tempora ut amplioribus etiam paterni amoris nostri testimoniis ostendere tibi, omnibusque possemus, quae sint iudicia nostra de eximio isto in Ecclesiam studio quo praestas, et quam valdè, ob egregia atque assidua tua in nos merita, tibi obstricti simus; is enim es tu, Venerabilis Frater, cuius pietati, fidei, ac amoris in hac nostra afflictata ac spoliata fortuna levanda nihil est quod tibi non debeamus. Est tamen vel in hoc ipso honore, quem unum iniquitas temporum tibi a nobis tribui passa est, quod nos vehementer laetemur; neque enim sine quodam caelesti omine factum esse putamus, ut tu iisdem ipsis honoribus per nos auctus fueris, quibus olim ornatus vir sanctissimus Ioannes Ribera decessor tuus, tantis virtutum laudibus claruit, tantamque gloriam est consecutus; siquidem ille etiam primum archiepiscopus Valentinus, tum patriarcha Antiochenus creatus fuit. Haec auspiciatissima inter utrumque honorum similitudo, quid sperare de te, Venerabilis Frater, nos facit vides: illud nimirum te cuius viri beatissimi, et honores eosdem assecutus es, et virtutes praeclarissimas tot istis tuis in Ecclesiam promeritis tanto studio aemularis, similem etiam ei immortalitatis gloriam esse consecuturum. Quod dum nos a Deo pro paterno nostro in te amore ad referendam gratiam ex animo fraternitati tuae apprecamur, tibi Apostolicam benedictionem pignus grati animi, et paternae benevolentiae nostrae, peramanter impertimur. Datum ex caenobio Cartusiae prope Florentiam die 15 februarii 1799. Pontificatus nostri anno vigesimo quinto. = Pius PP. VI. = Locus sigilli. = Iosephus Marotti a Secretis.

## 3

## FUENTES DE INVESTIGACIÓN

A. *Fuentes manuscritas*

Al morir el Cardenal dejó tres fondos de inestimable valor para delinear su ilustre figura, el archivo, la biblioteca y el museo.

En la actualidad los elementos que integraban estos valiosos tesoros están dispersos. Su biblioteca compuesta de 12000 volúmenes fué adquirida por los PP. Capuchinos de la Provincia de Cataluña (Convento de Sta. María de Pompeya, Barcelona).

El archivo quedó dividido y pasó a varias colecciones particulares y ramificaciones de la familia Despuig, encontrándose su principal contingente reunido en cinco carpetas en el palacio del Excmo. Sr. Marqués de la Torre (Portella, Palma).

El museo sufrió la misma suerte, fraccionándose y pasando a diversos propietarios, poseyendo hoy una parte considerable del mismo el Ayuntamiento de Palma.

Todas las noticias de la biografía del Cardenal las hemos sacado de este archivo disperso en la familia Despuig, que hemos completado con los datos del folleto del Sr. Barberi, de que se hablará más abajo.

## Bibliografía sobre las fuentes:

J. M. BOVER, *Noticia histórico-artística de los museos del Eminentísimo señor Cardenal Despuig, existentes en Mallorca* (Palma, 1845).

J. M. QUADRADO, *Noticia de las esculturas y cuadros notables de los museos, que el Excelentísimo Sr. Conde de Montenegro posee en Raxa y en Palma*, apéndice de «*Islas Baleares*» (Barcelona, 1888), p. 1151-1152.

J. M. BOVER, *Noticias histórico-topográficas de la Isla de Mallorca. Alquería de Raxa y su museo*, p. (69)-(97).

*El Testamento del cardenal Despuig del 10 de Agosto de 1806*; una copia oficial se conserva en el archivo municipal del Ayuntamiento de Palma, Leg, 1495, n.º XVIII.

B. *Bibliografía sobre el cardenal Despuig*

1. *Sucinta relación del distinguido mérito del Eminente y Excelentísimo señor Don Antonio Despuig y Dameto, cardenal de la Santa Iglesia Romana* (Palma, 1813).

Folleto anónimo, escrito a raíz de la muerte del ilustre cardenal, compuesto por el erudito archivero y beneficiado de la Catedral de Palma, Don José Barberi, amigo del Sr. Despuig, a quien dedicó la vida de Sor. Clara Andreu; fué publicado por el «*Semanario Cristiano Político*».

El tiempo de la publicación y las cualidades del autor dan a este folleto un valor fundamental para la biografía del card. Despuig (J. M. BOVER, *Biblioteca de escritores Baleares*) (Palma, 1868) p. 64.

2. ANDRÉS DE PALMA DE MALLORCA, *El Cardenal Despuig y Dameto*—«*Estudios Franciscanos*» 27 (1921), 226-245; 28 (1922), 186-212; 437-454; 29 (1923), 28-51.

En las 85 páginas de estos artículos hace el autor un estudio bibliográfico ilustrando la esquemática figura esbozada por Barberi, con abundantes notas entresacadas de una rápida y algo superficial visita (personalmente hemos comprobado la confesión del autor) a varios archivos y bibliotecas. En la segunda recogió todos los productos literarios y artísticos del Cardenal.

3. F. F., *Mallorquins honorables. El Cardenal Despuig* «*Mallorca dominical*» 3 (1899) 244.

4. J. M. BOVER, *Memoria biográfica de los mallorquines que se han distinguido en la antigua y moderna literatura* (Palma, 1842) p. 91-94.

5. J. M. BOVER, *Varones ilustres de Mallorca* (Palma, 1843) p. 414-430.

6. J. M. BOVER, *Noticias histórico-topográficas de la isla de Mallorca* (Palma, 1864). *Alquería de la Raixa y su museo* (69)-(97).

7. J. M. BOVER, *Biblioteca de Escritores Baleares* (Palma, 1868) p. 230-232.

En estos libros el Sr. Bover reproduce datos sacados del Sr. Barberi, con algunas pocas noticias de origen desconocido.

### C. *Escritos del card. Despuig*

1. *Reflexiones sobre varias vegetaciones metálicas escritas en francés por Mr. Momberg y traducidas de dicho idioma al castellano, 1771*, en cuarto, ms.

2. *Noticias para la formación de una historia topográfica y geográfica de Mallorca, 1772*, ms.

3. *Apuntes para escribir un manual de historia romana*, ms.

4. *Decisiones de la Santa Rota en número de ciento setenta*. Impresas en Italia.

5. *Vida y virtudes de la beata Catalina Tomás* (Palma Guasp 1816). Un tomo en cuarto.

6. *Relación del terremoto que en 1783 padeció la Calabria*, ms.